

Domingo 5º. Tiempo Ordinario. Año A

Lectio divina sobre Mt 5,13-16

A pesar de no ser aún poco conocido - acababa de iniciar su ministerio público – y aunque no le seguía más que un exiguo número de discípulos que aún no habían optado definitivamente por él, Jesús no dudó en poner a los suyos ante sus propias responsabilidades: los que quieran seguirle han de ser luz para el mundo y sal de la tierra. Tal es *la definición del discípulo* que Jesús dio en el monte de las bienaventuranzas. Así pues, Jesús no tardó mucho en decir a los que le seguían *qué es lo que quería de ellos*.

Para cuantos deseamos que Jesús nos cuente entre sus discípulos, esas palabras son hoy un reto que afrontar y nos proponen una tarea que realizar. Al escucharlas de nuevo, y públicamente, como lo hicieron sus primeros oyentes ante una muchedumbre, puede que nos suenen como una propuesta ilusionante y... grave advertencia. Y es que ya sabemos qué debemos ser y tenemos que reconocer que no somos aún como Jesús nos quiere.

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

-¹³«Vosotros sois la sal de la tierra.

Pero si la sal se vuelve sosa, con qué la salarán? No sirve más que para tirarla fuera y que la pise la gente.

¹⁴Vosotros sois la luz del mundo.

No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte. ¹⁵Tampoco se enciende una lámpara para meterla debajo del celemín, sino para ponerla en el candelero y que alumbre a todos los de casa.

¹⁶Alumbre así vuestra luz a los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo.»

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Una vez abierto su primer discurso proclamando una felicidad paradójica en la serie de bienaventuranzas, Jesús centra su atención, en exclusiva, en sus discípulos. No hay que olvidar que les acaba de llamar bienaventurados porque, y en el caso de que, sufren persecución a causa de su fe (Mt 5,11-12). Es a ellos, a quienes son dichosos si injuriados y perseguidos, a quienes habla para decirles cómo los quiere. *Hay cosas que Jesús sólo confía a quienes están dando la vida por él, por su causa*. Por eso no resulta fácil entender quiénes somos..., porque no estamos ‘pagando’ nada por serlo.

El texto está estructurado en torno a dos solemnes declaraciones, iniciadas por un repetido *vosotros sois* que introduce una doble semejanza: sal y luz. La formulación es simétrica, aunque desigual, al estar la afirmación segunda más desarrollada.

La imagen de la sal (Mt 5,13a.14a), que es explicada en negativo, comportan un cierto tono crítico (Mt 5,13bc.14b): se contempla la posibilidad de que la sal pierda su salinidad: la sal, que son los discípulos, corre el peligro de perder su razón de ser, si no llega a ser ‘sal’ para las demás cosas.

A la imagen de la luz (Mt 5,14-16a) se le da más relieve que a la de la sal (Mt 5,13); presenta una formulación concéntrica: la luz del mundo (Mt 5,14a) corresponde con la luz de los hombres (Mt 5,16a), una imagen a la que se añaden dos afirmaciones cuyo sentido se apoya en la evidencia: las ciudades se construyen sobre montañas; las lámparas se colocan sobre candeleros (Mt 5,14b.15). Los ejemplos subrayan la visibilidad: hay que darse a conocer, distinguirse, para poder alumbrar y aclarar la existencia a los demás

La sentencia final (Mt 5,16b) saca las consecuencias concretas de la doble imagen, aunque no sin crear tensión entre la metáfora y la realidad: las imágenes se refieren al ser del discípulo; la exhortación final a su actuación. Los discípulos deben ser lo que están llamados a *ser para los demás*; lográndolo, *la gloria será para Dios*. Meta del comportamiento del discípulo es Dios y su honra.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Apenas iniciado su discurso en la montaña, y tras prometer bienaventuranza a los que menos esperanzas tenían de conseguirla, Jesús se dirige a cuantos le seguían y, delante de la muchedumbre que le escuchaba, proclamó a sus discípulos como luz del mundo y sal de la tierra. ¡Curioso este comportamiento de Jesús! Discípulos que no llevaban mucho tiempo junto a Jesús, que no se habían acostumbrado a él ni a sus exigencias, han de saber, desde un principio, cuáles son las expectativas que Jesús tiene sobre ellos. Más aún, no quiso Jesús retrasar una enseñanza que sólo interesaba a sus discípulos, sólo porque estuvieran delante de la gente que, al pie del monte, le, estaba oyendo; quiso que todos oyeran lo que quería de unos pocos. En el seguimiento de Jesús no hay lugar para “cristianos anónimos”.

Recordándonos a todos cómo quiere Jesús a sus discípulos, qué es lo que de ellos espera, resultará más fácil decidirnos a serlo: *sólo sabe que Jesús le quiere como es, quien es según lo quiere Jesús. El discípulo se siente querido por su maestro, si hace lo imposible por ser como Jesús lo quisiera*. Para ser su discípulo no basta, pues, con querer

serlo, como uno buenamente puede. *A los que ya le seguían Jesús no les preguntó qué es lo que querían ser, ni cómo pensaban seguirle; les exigió ser como él los quería y les impuso un camino concreto que seguir.* ¡Quién sabe si no estará aquí la razón de que, a pesar de tanto años, - básicamente, toda nuestra vida -, de ser discípulos, no hayamos logrado aún sentirnos auténticamente queridos por él!

Si no aceptamos sus condiciones, mal vamos a conseguir que nos considere uno más entre los suyos. *Por no preguntarnos qué es lo que él desea de nosotros, pensamos que no nos desea como discípulos;* por habernos desinteresado de cuanto pueda pensar sobre nosotros, no logramos creernos que le interese. A base de insistir en ser discípulos de Jesús como bien nos parece, según lo que estamos dispuestos a concederle, nos estamos privando de tenerle como maestro y compañero, que es lo que realmente quiere ser para nosotros... En el monte de las bienaventuranzas Jesús dejó dicho con toda claridad quién es para él su discípulo, a quién considera como tal: solo a los que son sal y luz del mundo.

Quizá no hayamos caído en la cuenta; el caso es que Jesús pensaba que *sus discípulos tenían por misión el mundo:* los quiso para que lo iluminaran y lo sazonaran, para que aportaran sabor y claridad. No los quiso para sí, para que se quedaran con él, para que se apartaran de la gente, Y por eso, delante de todos, dejó en claro cómo debían serlo. Quienes siguen a Cristo no lo hacen para merecer mayores atenciones de él ni mejor trato, sino para que, al verlos, el mundo atienda mejor a su Señor. Sus obras deben resplandecer delante de los hombres, como la lámpara sobre un candelero o la ciudad encima del monte. Tienen que vivir en medio de los demás y conservar un inconfundible sabor a Cristo, bien visibles y muy sazonados.

Ser discípulo de Jesús nunca fue un "hobby", una afición ocasional, pasatiempo de domingo; es algo 'connatural', algo tan lógico como que la luz alumbré y la sal condimente. Tan propio es de la luz iluminar como es natural que la sal conserve y sazone; *del discípulo exige Jesús el testimonio, sin haberle preguntado antes si está dispuesto a darlo.* Si es discípulo, debe ser sal y luz. Y lo sabemos muy bien: la sal es útil, no se conserva, sino si se utiliza; su provecho está en que se diluya como condimento o conservante. El cristiano que es sal de la tierra no puede vivir su vida de fe en el anonimato, desinteresado de cuanto ocurre o sin interesarse por si lo que ocurre sucede según el querer de Dios. Y, como la sal, dará sabor cristiano a su mundo si entra en contacto con él, si se introduce en él, si en él se sumerge conservando su identidad y el recuerdo de Jesús. Hoy muchos de nuestros contemporáneos, quizá algunos de nuestros seres queridos, no se deciden a fiarse de Dios, porque no nos ven a nosotros, creyentes en activo, confiados en él: si a nosotros nos es difícil, ¿por qué les debe resultar más fácil a ellos?

Sin la luz, la vida humana sería impensable; en el mundo gris y sin resplandor que nos ha tocado vivir, la responsabilidad del cristiano se ha agrandado: si la oscuridad no desaparece del horizonte, si la duda entenebrece el corazón, hacen falta hombres que pongan con vivir de fe a diario luz de las vidas de los demás y sirvan de guía a los que aún no creen. Además, y ello puede animarnos, *cuanto mayor sea la tiniebla, basta menor luz para iluminar:* no hay que esperar a que vengan otros mejores, si somos ya discípulos, empecemos por dar lo mejor que tengamos, nuestra fe, por pequeña que sea, y el testimonio de nuestra fidelidad, aunque sea tan titubeante o escaso.

Hoy los creyentes nos contentamos con ser, a lo sumo, buenos, ¡y su trabajo nos cuesta! Apenas nos interesamos en hacer mejor a nuestro mundo, que, en definitiva, es el mundo de Dios y nuestra tarea. *Hemos reducido nuestro esfuerzo de fidelidad al ámbito de nuestra conciencia, el campo de acción es nuestra intimidad. Solo nos sentimos pecadores si hacemos ciertas cosas, sin darnos cuenta que, más que por el mal que no logramos evitar, es por el bien que no queremos hacer por lo que dejamos de ser discípulos auténticos de Jesús.*

Si Cristo no es la luz de nuestra vida y nosotros no vemos todo a su luz, *si nuestra vida no conserva sabor alguno a Cristo, ¿para qué servimos en este mundo?* Si nuestra vida diaria no aporta luz e ilusión a cuantos con nosotros conviven, si nuestras acciones no saben un poco a Cristo, no podemos quejarnos de que el mundo sea malo, deberíamos acusarnos de no ser suficientemente buenos para el mundo. *No es condenando a los demás como nos hacemos buenos, sino condenándonos a vivir para ellos como su luz y su sal.* Si en verdad queremos que Jesús nos cuente entre sus discípulos, dejemos que el mundo encuentre en nosotros su luz y su sal. Es todo un reto. Y nuestra oportunidad, si queremos ser reconocidos por Cristo como sus discípulos.

A la exigencia – ser sal y luz de nuestro mundo – Jesús añade un objetivo: el discípulo debe al mundo su ser luz y sal, pero solo al Padre debe gloria. Lo que somos para los demás tiene como meta que los demás conozcan a Dios: en nuestro sabor a Cristo y en nuestro dar luz al mundo, es Dios Padre quien ha de "recoger" la honra. Ser de provecho para los demás ha de "aprovechar" a Dios Padre. Si no parece poco, es porque no caemos en la cuenta de lo mucho que le "damos" a Dios, su honra.